2797

Cuartos á cuatro reales.

Osorio

9

POLIZA N. 17263

REPERTORIO DE LOS BUFOS MADRILEÑOS.

CUBIERTOS Á CUATRO REALES,

ZARZUELA EN UN ACTO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL OSSORIO Y BERNARD,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOSÉ INCENGA.

Estrenada con aplauso en el teatro de Variedades, la noche del 27 de Octubre de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAS.	ACTORES.
CÁRMEN.....	D.ª Amalia Gomez.
EUGENIA.....	D.ª Octavia Rubio.
LA SRA. DE CAMPUZANO...	D.ª Emilia Arderius y Bardan.
CLARA, su hija.....	D.ª Filomena Tarrida.
TEODORO PESCADO.....	D. Francisco Arderius.
SOLER.....	D. José Escriu.
CIPRIANO.....	D. Juan Orejon.
CAMPUZANO.....	D. Fernando Jimenez.
DON COSME.....	D. Francisco Castillo.
PARROQUIANO 1.º.....	D. Eduardo Valladares.
IDEM 2.º.....	D. Zacarias Arveras.
LOLO CAMPUZANO, seis años.	Arturo Eusebi de Valladares.

Coro de gastrónomos. Las tiples relativas.

La accion en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un salon de fonda con tres puertas en el fondo que comunican con otro salon. Dos mesas á derecha é izquierda del proscenio. El mostrador en la puerta de en medio. Mesas en todas direcciones en segundo término. Al levantarse el telon, Cipriano está en el mostrador y saluda á D. Cosme y Cármen, que entran y le piden en voz baja el almuerzo. Al llegar á la primera mesa de la derecha, tio y sobrina vuelven á palmotear.

ESCENA PRIMERA.

D. COSME, CÁRMEN, CIPRIANO.

MUSICA.

CIP. Voy, voy corriendo!
(Vaya una vida,
siempre sirviendo,
siempre con prisas...)
Estan friéndose
los huevos ya.
(Ap. y santiguándose.)
Por cuarta vez

672637

van á almorzar!

COSME. Pero vienen ó no vienen?

CIP. Sí, señor: tres estan ya fritos, y el que hace el número cuatro lo está poniendo la gallina en este momento. No oye usted cómo cacarea? (Se va y vuelve con el almuerzo.)

CÁRMEN.

En busca del ingrato,
siguiéndole do vaya,
abandoné á Vizcaya
viniéndome á Madrid.
Para vestir imágenes,
el pérfido Teodoro,
el hombre á quien adoro,
dejóme sola allí.

COSME.

Si hallamos al ingrato
y á amarte se acomoda,
daremos á tu boda
un sesgo honroso al fin.
Pero si está reacio,
á darle estoy resuelto
una de cuello vuelto
que se acuerde de mí.

CIP.

Tras un amante prófugo
caminan impertérritos
los séres extrambóticos
que ustedes ven aquí.
No fué de un gusto pésimo
aquel amante incógnito,
cuando por seguir célibe
se dirigió á Madrid!

TERCETO.

CARMEN. En busca del ingrato, etc.
COSME. Si hallamos al ingrato, etc.
CIP. Tras un amante prófugo, etc.

DECLAMADO.

COSME. (Rechazando su plato.) Oh! este aceite está crudo: es detestable!

CIP. (Aprovechemos la ocupacion de esas mandíbulas carní-

voras... (Indicando á D. Cosme y Cármen.) y la ausencia del amo, para escribir á la mujer que idolatro.

COSME. Pero dónde está? Dios mio! Dónde está?

CARMEN. (Comiendo.) El qué, tio, la sal?

COSME. (Preocupado.) Dónde?

CARMEN. (Dándole el salero.) Tómela usted.

COSME. Gracias, no la quiero.

CARMEN. Pues de qué hablaba usted?

COSME. Pardiez! de tu pretendiente, de ese Teodoro Pescado, á quien buscamos por todas las aceras de la capital.

CARMEN. ¡Ay! qué estará haciendo á estas horas ese horror de hombre? Qué hará mi Teodoro? un ser tan tierno! con un amor tan provinciano!... porque nunca habia salido de Bilbao, antes de conocerme.

COSME. Eso es un diablo! nada es tan temible como un hombre que nunca ha salido de Bilbao... cuando prueba á Madrid...

CARMEN. ¡Monstruo! cuando ya se habian corrido las amonestaciones; cuando estaba confeccionado el traje de boda!... despues de los mas abrasadores juramentos!... Oh! esta idea me quita el apetito!... (Sigue comiendo.)

COSME. Cármen, eres muy celosa!...

CARMEN. Qué quiere usted? Eso está en la sangre! ¡Oh! Los celos son un mal que devora!... (Comiendo con precipitacion.)

CIP. (Ap. cerrando su carta.) Ya está corriente mi billete amoroso... escribamos ahora la lista del dia. (Lo hace.)

CARMEN. Usted me comprende, querido tio! usted ha traido de América un alma simpática y apasionada!...

COSME. Con una fortuna de mil ochocientos pesos de renta, lo que me permite vivir con bastante desahogo. Por lo tanto, así que á mi llegada supe tu permanencia en Bilbao y tu percance amoroso, te propuse venir á perseguir á ese Eneas á Madrid, la heróica villa de las mangas de riego; que deseaba volver á ver hace tiempo. Si yo al menos le hubiese visto... podria reconocerle en cuanto lo encontrara.

CARMEN. No le he manifestado á usted sus señas?... Su estatura,

cuatro pies y dos pulgadas, cabellos rubios...

CIP. (Escribiendo.) Cabeza de buey...

CARMEN. Qué dice usted?

COSME. Es el mozo.

CARMEN. Frente ordinaria, ojos expresivos.

CIP. Orejas rellenas.

CARMEN. Nariz colorada, boca idem...

CIP. Lengua en salsa...

CARMEN. Figura elegante.

CIP. (Acabando de escribir) Y pies de cerdo, sin trufar.

CARMEN. (Con pasion.) Todo en él corresponde al nombre de Teodoro.

COSME. Con tales señas se le puede poner la mano encima.

CARMEN. Sí; no nos desanimemos, y ya que hemos almorzado, volvámonos á poner en camino. (Se levanta.)

COSME. Con esto se adelantará la digestion... ¡Mozo!...

CIP. Mande usté.

COSME. Toma y guárdate la vuelta.

CIP. ¡Si no sobra nada!

COSME. He dicho que te la guardes.

CARMEN. Aun queda media botella de vino y un poco de agua... que es para usted.

COSME. (Con autoridad.) Hasta luego, mozo.

ESCENA II.

CIPRIANO, luego DOÑA EUGENIA.

CIP. (Con solemnidad.) Cuando se tiene que tratar con tanta gente, es infinito el número de imbéciles que se encuentran; por fortuna hay compensaciones... *verbi gratia*, cuando se sirve á muchachitas lindas y se las ve comer y beber... ¡Ay!... la idea de ver hoy mismo á Clara, me hace crispar todos mis nervios, y he roto dos columnas de platos... Si lograse entregarle esta apasionada epístola...

EUGENIA. (Entrando por el fondo izquierda.) Cipriano, le buscaba á

usted.

CIP. Para qué, señora?

EUGENIA. (Con mucho misterio.) Estamos solos?

CIP. Usted y yo, yo y usted.

EUGENIA. Soy muy desgraciada, Cipriano! (Suspirando.) Muy infortunada!...

CIP. Qué me cuenta usted?... Y cuál es el motivo?

EUGENIA. El motivo no es otro que mi marido. Todo me lo ha prodigado... privaciones, injurias, amenazas... tan solo le falta pegarme!... Y todo ello por celos!... Vé adoradores en todos los que me rodean... parroquianos, mozos... hasta en el pinche!...

CIP. Qué vileza!...

EUGENIA. En fin, Cipriano, está celoso de usted.

CIP. De mí? De otro debia estarlo.

EUGENIA. (Muy turbada.) Cómo?

CIP. Sí: de cierto jóven que viene á almorzar y comer... pocas veces á cenar, y devora á usted con la vista.

EUGENIA. Y usted lo ha notado?

CIP. No tenga usted miedo. El amo no desconfía de nada, y yo soy mas discreto que un cangrejo.

EUGENIA. Lo confieso, Cipriano, á pesar de las distracciones que me proporciona el mostrador, hay momentos en que quisiera abandonarlo y dejar el comercio.

CIP. Oh! Si tal pudiera ser...

ENGENIA. Qué?...

CIP. Seria una fortuna para mí, si el amo consintiera en cederme el establecimiento á un precio moderado, con grandes facilidades para el pago. ¡Ah! Si hiciera eso el avestruz de su marido, le abrazaria y... le colmaria de caricias lo mismo que á usted. (La abraza.)

ESCENA III.

DICHOS, SOLER.

SOLER. (Entrando por el fondo y con acento dramático.) Horror!...

EUGENIA. Mi marido!...

CIP. El amo!...

SOLER. Mis dudas son ya una certidumbre. No me habia engañado, me engañaban!...

CIP. Señor, las apariencias...

SOLER. Tunante! Las apariencias cuando te veo abrazar á mi mujer...

CIP. (Con gravedad.) Permítame usted. ¿Cuál era la cualidad del abrazo?

SOLER. Un abrazo monstruo, un abrazo de ganapan!...

CIP. (Con mas gravedad aun y como corrigiendo á Soler.) No hablo de sus cualidades físicas, sino de sus cualidades morales.

SOLER. Di mas bien inmorales!...

CIP. Era un abrazo casto; era un abrazo de hermano, de padre, de tio, de visabuelo!...

SOLER. Mientes como un bellaco!...

CIP. Amo, he dicho la verdad; la pura verdad; nada mas que la verdad...

EUGENIA. (Sollozando.) Siempre pensando mal de mí...

SOLER. Pensando mal, cuando... ¿Pero de qué pasta piensan ustedes que estoy hecho?... Cipriano, vas á marcharte inmediatamente de mi casa!

EUGENIA. Pero esposo...

CIP. Me despiden? Corriente!...

SOLER. Repito que te vayas! Te despido con toda la fuerza de mis pulmones... y si esto no basta, uniré los hechos.

CIP. No tiene usted necesidad de tanto; me alejo al instante.

EUGENIA. Yo no sufriré que por mi causa...

SOLER. ¡Cállese usted, señora, cállese usted!...

CIP. Déjele usted, señora. ¿No vé usted cómo espuma el cocinero? Sus ojos saltan de sus órbitas; sus narices crecen como un abanico: es muy feo ese hombre!

SOLER. ¡Cipriano! (Con ira cómica, amenazándole.)

CIP. (Tranquilamente.) No quiera usted comerme, porque le advierto no estoy en la lista.

SOLER. (Conteniéndose y con cierta solemnidad.) Antes de pasar esos umbrales, entrega las insignias de tu cargo.

CIP. (Tirando el mandil y la servilleta.) Precisamente es lo que deseo.

SOLER. Las has manchado con tu conducta.

CIP. Tenga usted sus... insignias: el mandil que se deshilacha, y la remendada servilleta. ¡Ah! usted me despide imaginándose que podrá reemplazarme fácilmente. Oh! No, no!... (Coge su gorra.)

SOLER. (Ap.) Tiene el orgullo de un emperador romano!...

CIP. Veremos... veremos si encuentra un mozo bastante diestro para dar gato por liebre, gallina ética por perdiz y cidra por vino de Champagne!...

SOLER. ¡Baja la voz, desdichado!

CIP. (Mas alto.) Veremos si tiene la habilidad de servir caldo sin carne; salsas blancas sin manteca, y platos de pollos con setas... sin setas ni pollos!...

SOLER. (Con acento dramatico.) ¡Miserable! Despues de hacer oscilar la virtud de mi esposa, quiere que caiga mi casa!!...

CIP. Tú me despides. ¡Mal cocinero! Y crees, infeliz! que voy á echar de menos una casa donde se sirven por seis meses!... los mismos mondadientes!... (Desprecio profundo en estas últimas frases.)

SOLER. (Arrancando, fuera de sí.) ¡Por cuatro reales no se pueden poner nuevos todos los dias!...

CIP. (Con creciente desprecio.) Todo es viejo, todo es detestable en tu... botica!...

SOLER. ¡Mi paciencia se acaba!... dí una sola palabra mas... (Mucho fuego.) Y te tiro una taza de caldo á la cabeza!...

CIP. (Á Doña Eugenia, que se ha interpuesto en una posicion suplicante.) ¡Señora! deje usted que me tire ese caldo; el agua caliente no mancha!...

SOLER. (Fuera de sí.) Esto es ya cien y cien veces demasiado ¡Huye, reptil! ¡desaparece, mala lengua!

ESCENA IV.

SOLER, DOÑA EUGENIA.

SOLER. Hay para tener ictericia!... Váyale usted á un hombre vilioso con estas escenas!...

EUGENIA. Has adelantado bastante! Te encuentras hoy domingo, á la hora de comer, sin mozo que sirva.

SOLER. (Con ironia y dignidad.) Ya se encontrarán mozos, señora; voy á encargar al memorialista si puede ser, uno mas feo... que la estampa de la heregia!

EUGENIA. ¡Estará bonito!

SOLER. Le quiero patizambo, vizco y jorobado si es posible!...

EUGENIA. ¡Eres un tirano!...

SOLER. ¡Un tirano!... accedo! (Viendo el reló.) ¡Ay, Dios mio! La hora adelanta!... ¡mis hornillos!... mis comidas... ¡Pobre cabeza!... De tantos lados se conjuran contra ella, que dudo se conserve firme.

EUGENIA. Eres... un visionario!...

SOLER. ¡Un visionario! Adios... señora!... En vez de leer *La mujer adúltera* y *La maldicion de Dios*, piense usted en sus deberes de esposa y fondista!... corro á la comision de sirvientes. (Váse fondo.)

ESCENA V.

DOÑA EUGENIA, á poco TEODORO.

EUGENIA. (Con sentimentalismo y dejándose caer en una silla.) ¡Oh! Los maridos!... Los maridos! Ser siempre espiada, sospechar de una inocente!... Si al menos fuese culpable!...

MUSICA.

TEOD. (Sola está... llegó la mia.
Pintan calva la ocasion.

La fondista cada dia
mas me llega al corazon.)
Ah, señora!

EUGENIA. (El parroquiano...
Compromiso sin igual!)

TEOD. (Desde luego voy al grano
ya que el marido no está.)
Hasta este momento,
mujer hechicera,
mis ojos do quiera
quisiéronla hablar:
y al fin, pues la encuentro
asi, tan á mano,
sin que un parroquiano
nos venga á turbar,
sin mozo que mire,
ni esposo que aceche,
justo es aproveche
mi tiempo y lugar.

EUGENIA. No mas, caballero,
me asedie do quiera...
Mi esposo está fuera,
mas puede llegar.
Mil riesgos me cercan,
seguirme es en vano,
señor parroquiano,
no puedo escuchar.
Acaso mi esposo,
feroz y celoso,
me acecha en silencio
junto á este lugar.

TEOD. Si usted me rechaza
me mato á sus pies.

EUGENIA. Mi esposo está fuera,
retírese usted.

TEOD. (Adelantándose.)
Mujer hechicera!

EUGENIA. Retírese usted!

DUO.

TEOD. Ay! doña Eugenia, decir me es fuerza,
si usted no premia tan fiel pasion,
que va á romperse como arpa vieja
di tanti palpiti mi corazon.

EUGENIA. Qué alma de fuego tiene este jóven...
juzgo es tratarle sin compasion,
dejar que truene como harpa vieja
di tanti palpiti su corazon.

DECLAMADO.

EUGENIA. Caballero, mire usted que pueden venir...

TEOD. Entonces seré lacónico: me llamo Teodoro, Teodoro Pescado.

EUGENIA. (Con alguna extrañeza, pero pronunciando con marcada dulzura.) ¡Pescado!...

TEOD. No me place este nombre... anfibio, pero no me es posible cambiarlo. Soy de Bilbao, sí, ¡mujer divina!... Soy de Bilbao. He dejado allí una jóven enloquecida por mí... iba á volverme á su lado, cuando se me apareció usted en ese mostrador esplendorosa y radiante como una mágica hada, alumbrada... por el gas. Desde ese álgido instante, hubo en mi cerebro un temblor de tierra; Vizcaya ha perecido en él, á pesar de sus fueros!... He olvidado á la que me aguardaba para que la condujera al pie de los altares... me he quedado enclavado aquí... (Subiendo por grados en calor y accionando con calor como si no le bastase la palabra, despues de concluir el parlamento.) encadenado por usted, desvanecido, ébrio, loco é insensato!...

EUGENIA. (Conteniéndole turbada.) Ese amor me lisonjea, pero... estoy tan expuesta...

TEOD. (Interrumpiéndola.) Solo comiendo es cuando puedo verla,

y siento no poder hacer veinte comidas por dia; pero ¡ay! tengo que contentarme con tres ó cuatro á lo mas! No son los manjares los que devoro con beatitud, es á usted, seductora criatura! ¡Ah! Cada comida es para mí una novela, con tantos capítulos como platos. El estómago y el corazon unísonos, dicen «basta,» al concluir el postre!...

EUGENIA. (Ap.) (¡Qué lenguaje tan elevado.) Caballero Teodoro, decir á usted que su pasion me es indiferente, seria mentir...

TEOD. (Interrumpiéndola con un arranque de frenético entusiasmo.) ¡Oh dicha!...

EUGENIA. Pero es preciso refrenarla. Estoy bajo el poder de un marido, y de qué marido!... Un hombre horriblemente celoso, siempre detrás de mí, y desconfiando de su sombra...

TEOD. ¡Ya lo sé!... Una pesadilla!...

EUGENIA. Justamente. Yaha despedido á dos mozos de la casa, y ahora mismo Cipriano, el que acostumbraba á servir á usted, ha sido puesto á la puerta, por hablarme de cerca.

TEOD. ¡Ay! Bienaventurados los mozos, porque ellos pueden hablar á usted de cerca!...

EUGENIA. Ha sido echado como digo, y mi marido quiere reemplazarle por lo mas horrible que encuentre en su género... Todo lo que tiene figura humana le hace sombra.

TEOD. ¡Oh, qué idea!... Siga usted.

EUGENIA. Por lo tanto, don Teodoro, cese usted en esa porfia, que pudiera comprometerme y hacer mas tormentosa aun mi vida!...

TEOD. No: su tranquilidad de usted, ante todo: pero no por eso renuncio á mi amor... todo lo contrario: dentro de poco sabrá usted de mí, y empezará á conocerme!

EUGENIA. ¡La voz de mi marido!... Me escapo!... (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

TEODORO, SOLER.

SOLER. (En una actitud de desesperacion ridícula.) ¡Otro nuevo con ella!

TEOD. Es necesario que el marido no me vea. (Soler se acerca á Teodoro; pero este huye volviéndole la espalda; juego que seguirá toda la escena.)

SOLER. (Con ironia y expresion muy marcada.) Qué desea el señor? Quiere almorzar ó comer? La hora es... mixta y al paso que unos almuerzan muy tarde, otros comen muy temprano. (Haciendo cortesias.)

TEOD. No, volveré, volveré! (Ap.) Tú quieres que los mozos sean feos... bueno! (Váse.)

SOLER. Ni aun he podido ver la punta de su nariz... ¿Es un ladron ó un amante! ¡Un amante!! Salgo cinco minutos para encargar al memorialista un sustituto al desgraciado Cipriano, si ya al volver encuentro á otro enamorando á mi costilla!!... Ah! Señora esposa!... Señora esposa!

ESCENA VII.

DICHOS, D. COSME, CÁRMEN.

CARMEN. (Entrando precipitadamente.) Adónde se ha ido? Dígame usted, adónde se ha ido?...

SOLER. ¡Quién! (Con rapidez.)

COSME. (Entrando jadeante y sin aliento.) No corras, sobrina!... (Id.)

SOLER. ¿Qué hay que servir á ustedes? (Id.)

CARMEN. Un jóven, cabellos rubios, frente ordinaria... (Mucha vehemencia.)

SOLER. (Estupefacto.) No hay en mi casa manjares de esa naturaleza... Luego es un hombre lo que usted busca?...

CARMEN. (Con precipitacion.) Sí, fondista, no me he engañado. Iba-

mos en un simon, mi tio y yo: de repente le veo atravesar el arroyo, y entrar en esta casa; grito al auriga que se detenga; pero él, que estaba pegando á un aguador que le habia insultado, continúa andando...

COSME. En fin: despues de un rato rompo un cristal, se para, y henos aquí.

CARMEN. (Con desesperacion cómica.) Y nadie! evaporado!... Pero usted no podrá darnos ninguna noticia sobre el monstruo que buscamos?...

SOLER. Ninguna; pues no conozco á ese monstruo.

CARMEN. ¡Ay, tio! La emocion de este encuentro... la desilusion... conozco que me voy á desmayar!...

SOLER. (Sosteniéndola.) Señorita! una silla!... pronto, una silla!!...

COSME. (Llevando una.) Vamos: siéntate, hija mia.

CARMEN. Agua! un vaso de agua con agenjo!...

SOLER. (Preparándolo.) Voy en seguida, señorita.

CARMEN. Con agenjo... y pasteles!

ESCENA VIII.

DICHOS, CAMPUZANO.

CAMP. El diablo lleve á ese loco!... Qué atolondrado!... Por la espada de Bernardo que si supiera quien es, me las habia de pagar!... ¡¡Brurr!! Pardiez!...

SOLER. Caballero... contra quién está usted así?...

CAMP. (Furioso.) ¡Pardiez! Contra un jóven que bajaba de cuatro en cuatro los escalones, y me ha dado un encontron. ¡Pardiez!!

CARMEN. (Levantándose y abalanzándose á Campuzano.) Un jóven! Era rubio?

CAMP. (Con sequedad.) Bien pudiera serlo.

CARMEN. Frente ordinaria...

CAMP. Sí: me ha parecido todo él muy ordinario!...

CARMEN. (Con mucha precipitacion.) Él es! Él debe ser!! Tio venga usted ligero!...

COSME. (Limpiándose el sudor.) Es que estoy muy fatigado...

CARMEN. (Con frenesí.) ¡Por causa de usted vamos á perderle otra vez!...

COSME. No, tratemos de buscarle, y luego... ya verás cómo le ponemos las peras á cuarto.

CAMP. (Con furia.) Sí nos dejarán hablar!... (Vánse D. Cosme y Cármen.)

ESCENA IX.

SOLER, CAMPUZANO.

CAMP. (Procuremos adquirir las noticias que deseo.)

SOLER. (Dando un suspiro y sentenciosamente.) He ahí una mujer que venero! Es como yo emblema de los celos!... La comprendo!

CAMP. (En tono de amenaza.) Señor mio; debo decir á usted ante todo que he formado el propósito de venir á comer aquí con toda mi familia.

SOLER. (Con extrema finura, haciendo cortesías.) Tiene usté derecho á ello.

CAMP. (Con voz de trueno.) Y aun cuando no lo tuviese me lo tomaria! ¡Por la clava de Santiago!... cuando se me pone una cosa en la cabeza, no me la podrian quitar quince legiones de diablos!! Y... si hay alguno á quien no le convenga, que salga, aquí estoy yo. Campuzano, Profesor de esgrima y descendiente del que inmortalizó Quevedo en su soneto. ¡Una! ¡Dos!! (Da con el baston á Soler, que retrocede estupefacto.)

SOLER. (Con mucha dulzura.) Mucho celebro hacer conocimiento con un hombre tan... ilustre. En cuanto á mí solo esgrimo... delante del fogon.

CAMP. Esa es la razon porque venimos yo y mi mujer, en primer lugar, Lolo Campuzano, de edad de cinco años luego, y Clara Campuzano de diez y ocho y medio y dos meses, linda como una flor, y fuerte como una amazona.

SOLER. Total... cuatro.

CAMP. ¿Cuatro?... Sí señor, porque no cuento á Julio César

el perrito de mi mujer.

SOLER. Conque el perrito... todo compone una bonita familia.

CAMP. Sí; no estoy descontento de ella... solamente mi hija Clara me da algo que hacer.

SOLER. ¡Psh! Las jóvenes... son tan... jóvenes!!...

CAMP. Es precisamente lo que yo le digo á mi mujer.

SOLER. Y qué contesta?...

CAMP. Nada; mi señora no contesta jamás.

SOLER. (Suspirando.) ¡Ah! Debe usted ser muy dichoso!...

CAMP. (Con autoridad.) Yo, segun la opinion de los filósofos, digo: que cuando una niña llega á ser mujer, necesita un marido. ¿Piensa usted como yo?

SOLER. Apruebo esa severidad paternal; pero suplico me perdone usté, si le dejo, porque me llaman los pucheros.

CAMP. Puesto que tiene usted prisa, no le detengo... una palabra. ¿Cómo se llama el mózo que sirve aquí por lo regular?

SOLER. Cipriano.

CAMP. (El mismo. Es inútil que le cuente que es el que ama á mi hija.)

SOLER. (¡Uf! he dicho que Cipriano!) Debo advertir á usted...

CAMP. Basta, basta. Voy á buscar á mi familia... guárdeme usted esta mesa. (Por la primera de la derecha.)

SOLER. Es de usted: antes me arrancarán la vida que apoderarse de ella!

CAMP. No la quiero á ese precio.

SOLER. (Colocando las sillas.) Dijimos que eran ustedes uno, dos, tres, cuatro Campuzanos?

CAMP. Sin contar á Julio César, el perrito de mi mujer. Hasta luego, fondista. (Marchándose.) Ya verán lo que es burlarse de un maestro de esgrima, descendiente del que inmortalizó Quevedo en su soneto! (Váse Campuzano.)

ESCENA X.

SOLER, luego CAMPUZANO.

SOLER. Este hombre será muy divertido en un asalto; pero lo

es bien poco en una fonda.

EUGENIA. (Compuesta para el mostrador.) Ya es la hora de las comidas y no hay nadie que sirva!...

SOLER. Señora doña Eugenia, no agrave usted los cuidados de mi posicion. El memorialista me ha ofrecido un buen mozo; (Corrigiéndose.) es decir, un mozo bueno, y no es culpa mia si aun no ha llegado.

ESCENA XI.

DICHOS, TEODORO, con una peluca roja, patillas idem, traje y tipo completamente ridículos, voz disfrazada.

TEOD. Vive aquí el señor Soler?

SOLER. Sí señor, yo soy.

TEOD. Espera usted á un mozo?

SOLER. Seria usted?

TEOD. Precisamente: vengo de la comision de sirvientes.

SOLER. (Observándole y complacido de su facha ridícula.) (Bravo, cómo se llama usted?

TEOD. Agamenon.

SOLER. (¡Me he salvado!...) Agamenon, ha quitado usted un peso enorme de mi corazon, y creo que nos avendremos. Está usted ducho en el servicio?

TEOD. He sido mozo toda mi vida. (No miento.)

SOLER. ¡Á las mil maravillas! (Es de una fealdad superlativa y mi mujer detesta á los rojos. (Va á buscar el mandil y la servilleta; entre tanto Teodoro dirige miradas significativas á Doña Eugenia, y va acercándosele.)

EUGENIA. ¡Cómo me mira!

TEOD. (Bajo y muy rápido.) Esta metamórfosis es un ardid de amor!...

EUGENIA. ¡Cielos!...

TEOD. Estos cabellos no son los mios, y estas patillas son postizas... á peseta el par, como las comidas de usted.

EUGENIA. ¡¡Es él!!

SOLER. Tome usted, Agamenon: he aquí el mandil y la servi-

lleta.

TEOD. Al momento.

SOLER. (Mirando su reló.) Las cuatro!... (Llamando á la entrada de la puerta derecha y con actitud y voz de mando.) ¡Catasalsas!... Pon juego al solomillo, sigue friendo!... lumbre, lumbre á los hornillos!!... (Sigue fijando su atencion en el interior.) ¡Mozo!!...

TEOD. (Dando un respingo.) ¡Voy! (Diablo, qué pronto me he acostumbrado.)

EUGENIA. (¡Qué sacrificio!)

SOLER. Ya llegan los parroquianos, me voy á los hornillos!!!...

TEOD. Bien: yo me encargo de lo demas.

SOLER. (Yéndose.) Es bastante feo!...

ESCENA XII.

DOÑA EUGENIA, TEODORO, CAMPUZANO, SU ESPOSA, CLARA, LOLO y el perrito Julio César, que lleva de un cordon la señora de Campuzano. VARIOS PARROQUIANOS.

MÚSICA.

CORO. Por una peseta
comida completa;
tres platos, la sopa,
y el vino y el pan.

UNOS. Ternera mechada!

OTROS. Merluza *trufada*.

OTROS. Bistek.

OTROS. Ensalada.

OTROS. Sardinas.

OTROS. Caiman.

—

Tiene un Homero la poesia,
tienen las artes un Rafael;
mas yo prefiero, por vida mia,
los condimentos que hace Soler.

—

Comí esta mañana
de muy mala gana,
se me abre la boca
de debilidad. Ah! ah! (Bostezando.)
Comamos, si el mundo
sus hijos inmola,
que ruede la bola
por la inmensidad.

—

Busque el filósofo nuevos sistemas,
busquen los mílites lauro inmortal,
busque el mecánico nuevos problemas...
que á los gastrónomos nos es igual.

—

Al cabo, comiendo,
se pasa un buen rato,
y acábase el plato
que el hambre engendró.
Pues hay apetito,
comer necesito,
á fin de que quede
mi cuerpo al reló.

HABLADO.

CAMP. Señora, invado esta mesa retenida por mí.

EUGENIA. Bien, caballero... Agamenon, cuatro cubiertos!... (Todas las entradas de Teodoro y de Soler se hacen por la puerta izquierda del fondo.)

TEOD. (En traje de mozo.) Voy corriendo!

LA SRA. Tres cubiertos solamente... no somos mas que tres.

TEOD. Nada mas que tres? Y el niño?

LA SRA. El niño no come. (Muy marcado: corrigiendo.)

LOLO. Yo quiero comer, yo tengo hambre! (Alto y lloriqueando.)

LA SRA. Silencio, Lolo! Yo te tendré en mi falda como en el teatro, y papá te dejará roer sus huesos, si eres bueno.

EUGENIA. Dispense usted, señora; pero debo prevenirla que no

es esa la costumbre.

CAMP. Sin embargo, los niños menores de siete años...

LA SRA. Como no ocupan silla...

CAMP. Y el pan es á discrecion.

EUGENIA. No es el uso de la casa, y ya conocen ustedes...

LOLO. Yo quiero comer en una silla!...

CAMP. Bueno, Lolo; pues que tal es tu gusto y la costumbre de la casa, haré el sacrificio de pagar cuatro cubiertos.

TEOD. Tanto mas cuanto que la Señora tiene que poner el *guau guau* sobre la falda.

CAMP. (Con furor.) Qué te importa? (Este es sin duda el amante de mi hija.)

CLARA. (No veo á Cipriano .. dónde estará?)

CAMP. Á la mesa; á la mesa.—Tú aquí; Lolo, á tu izquierda; Clara, á la izquierda de Lolo; Julio César en su puesto. Muy bien!... (Campuzano, volviendo la espalda á la izquierda; su mujer, dando cara al público, y Clara y Lolo junto á los bastidores.)

LA SRA. Mozo! mozo! Déme usted una silla para Julio César... Julio César come siempre en silla.

TEOD. (Dándosela.) Está bien, señora.

LA SRA. Tambien me dará usted un taburete para los pies, una almohada para Lolo y .. el *Diario de avisos* y *El Cascabel.*

TEOD. (Trayéndolo, ap.) Pronto me va á pedir un rayo de sol en una espuerta.

UN PAR. (Segunda mesa de la izquierda.) ¡Mozo!

TEOD. Voy, voy!

CAMP. (Ap.) (Me desagrada en extremo ese mozo... no ha tenido mi hija un gusto muy delicado.

CLARA. (Ap.) Papá está preocupado.

TEOD. (Pidiendo.) Una racion de roosbeaf!

CAMP. ¡Mozo!

TEOD. Voy. Qué desean ustedes?

CAMP. No me disgustaria una sopa de almendra.

LA SRA. Nunca la he tomado y debe ser buena.

TEOD. Bien, dos raciones. (Á Clara.) Y usted, señorita?

CAMP. (Empujando al proscenio á Teodoro, ap., y con mucha ironia y ademan amenazador.) No adivina usted el gusto de mi hija?

TEOD. ¡Yo!...

CAMP. Antes de todo, quiero que sepa usted que no soy juguete de nadie!...

CLARA. (Ap.) Pensará papá acaso?...

CAMP. Y ahora... sopa de almendras para cuatro... pronto!... (Por su hija.) ¡Cómo le sigue con la vista!

PAR. 2.° (Por la derecha del fondo.) Mozo, pan! (Un chico que sirve de ayudante, se lo da.)

LA SRA. Y esa sopa? ¡mozo! la sopa!...

CAMP. (Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Esa sopa! ¡pardiez!

TEOD. (Con la sopa.) Aquí estan, señor; aquí estan. (Tengo un miedo grandísimo de dejar caer estos guisotes... y me marean tantos perfumes.)

CAMP. El aspecto de ese mozo me enciende en cólera!

TEOD. (Colocando los platos.) Aquí está la sopa pedida.

CAMP. (Examinándola.) Pero si esta es sopa de yerbas! Qué trae usted?

TEOD. (Yéndose.) Ya no la habia de almendras, y se ha suplido con la de acederas... que es tambien refrescante.

CAMP. Sirven mejor en el Armiño.

TEOD. (Pidiendo.) Solomillo con setas! criadillas! sesos fritos!..

EUGENIA. (Pobre jóven! qué de trabajos se toma!)

LA SRA. Me parece que no le gustarán las acederas á Julio César.

CAMP. Mozo!... anguila á la tártara para cuatro!...

TEOD. (Llevándose los platos.) Muy bien, señor.

CAMP. ¡Ah! que no se vuelva todo cabezas y colas.

EL PAR. (De la derecha.) ¡Mozo, mozo!

TEOD. Qué desea el señor?

EL PAR. Ternera con salsa... no: con escarola.

TEOD. Ternera con escarola: bueno.

EL PAR. No, mozo; con salsa.

TEOD. Vaya por la salsa.

PAR. Mozo, no: bien mirado... tráigala usted con escarola...

¡no!... sí... con... escarola.

TEOD. Corriente; no hay nada perdido.

PAR. Sí; estoy decidido... con escarola.

TEOD. Concedido... ¡Ternera con escarola!

PAR. (Entre sí.) Mejor hubiera sido con salsa!...

PAR. (Segunda mesa, derecha.) Mozo! pan!...

ESCENA XIII.

DICHOS, CIPRIANO, de levita.

CIP. Por una peseta tres platos, vino y pan á discrecion, sin riesgo de indigestiones: héme aquí pues. ¡Mozo!...

CLARA. (¡Es él!)

CIP. (¡Es ella!)

CAMP., CIP. y OTROS. ¡Mozo! ¡Mozo!

CLARA. (¡Qué elegante viene!)

EUGENIA. Agamenon! Agamenon!

CIP. (Mi sucesor se llama Agamenon... debe ser griego ó poco menos; sentémonos aquí, cerca de Clara.) (Se sienta en la primera mesa de la izquierda.)

TODOS. ¡Mozo!

TEOD. Voy, voy!... (¡Oh, amor, cuánto me cuestas!) (Á Campuzano.) Para usted.

CAMP. (Encolerizado observando el plato.) Para nosotros!... Si hemos pedido anguila á la tártara.

TEOD. Como ya no habia, se ha reemplazado con bacalao.

CAMP. Esto es un abuso!... Se pone en la lista que tres platos á eleccion... Es acaso á eleccion del fondista?

TEOD. Puede entenderse de ambas maneras.

CAMP. ¡Burr!! Se come mejor en el Armiño.

CIP. ¡Mozo! Presto, prestísimo, un cubierto!

TEOD. En seguida, se...ñor. (Reconociéndole.) (El antiguo mozo! Qué humillacion!) (Le pone cubierto.)

CIP. ¡Eh! qué hace usted? Para qué quiero dos tenedores?

TEOD. ¡Qué! Si se pierde la cabeza!...

CIP. Si creerán que es tan sencillo servir á una mesa!

TEOD. No es nada divertido, no. (Junto al mostrador y abrazando á Doña Eugenia.) Afortunadamente, hay utilidades.

EUGENIA. (¡Imprudente!)

VOZ. (De la segunda mesa.) Mozo! pan!

LOLO. Mozo! vino! quiero vino!

CIP. ¡Mozo! La lista!...

TEOD. Tome usted la lista y decida! (Se va al mostrador.)

CIP. (Ap.) No me engaño... á pesar de esas patillazas rojas... es el parroquiano... el amante del ama! Ya es un descubrimiento. ¡Já, já! pobre patron!...

CAMP. Pero, Clara, qué te llama la atencion que no comes?

CLARA. Al contrario, papá! Tengo ahora muchas ganas.

CIP. (¡Oh, ángel terrestre!)

CAMP. Vamos, toma la lista y elige otro plato.

CLARA. Sí, papá.

CIP. (Tomando la lista y colocando en ella su carta.) ¡Oh, qué idea!

CLARA. Qué está envolviendo en la lista?

CAMP. Pero dónde está? Mozo... la lista!...

TEOD. Al momento!

VOZ. (De la segunda mesa) Mozo! pan! (Cipriano da la lista á Teodoro.)

CIP. Tome usted la lista.

PAR. (Indeciso.) Mozo! Una compota de manzana... ó pasas, me es indiferente.

TEOD. La compota es admirable.

PAR. Entonces... déme usted pasas.

TEOD. Beefteack con anchoas! (Da á Clara la lista.)

CIP. (Viendo que Campuzano toma la lista.) (¡El padre toma la lista, lo va á ver!...)

CLARA. Papá... permítame usted que...

CAMP. No, hija mia; me corresponde de derecho... Qué veo? una carta envuelta!

CIP. (¡Dios nos asista!)

CAMP. «Te amo... te adoro... amor eterno: firmado Cipriano.» Esto es demasiado! Una declaracion como postre en mis barbas! No en balde me llamo Campuzano, y soy descendiente del que inmortalizó Quevedo en su soneto!

LA SRA. Qué tienes, marido?

CAMP. Que qué tengo? Mozo! mozo!...

TEOD. (Cargado de platos.) Voy en seguida!

CAMP. ¡Ahora mismo!

TEOD. Se me van á caer los platos!

CAMP. No es usted mal plato!

TEOD. ¡Caballero!

CAMP. (Bajo.) Si no estuvieramos en un sitio público, le hubiera pegado ya tres estocadas y atravesádole los pulmones!... ¡brur!

TEOD. ¡Tres estocadas!

CAMP. Pero no perderás nada con esperar. Mañana, mañana nos veremos! (Le da un bofeton.)

TEOD. ¡Caballero! qué significa esto? Es por haberle servido bacalao en lugar de anguila?

CAMP. Es porque has servido una declaracion á mi hija!

CIP. ¡La mia! (Ap.) (El parroquiano indeciso se escapa sin pagar.)

TEOD. No puede ser... si yo...

CAMP. Ta, ta, ta... trata usted de evadirse, cuando bien sabe de lo que se trata... Mi hija le ama á usted!...

CIP. (Levantándose.) ¡Qué escucho!

TEOD. (Sonriendo.) De veras?

CIP. Está usted seguro de que ama á su hija?

CAMP. Cierto, tan cierto como soy Campuzano, descendiente de...

CIP. ¡Qué villania! (Cogiendo de un brazo á Teodoro.) Engañar á un honrado padre de familia... conmigo se verá las caras.

CAMP. (Cogiéndole del otro lado.) Jóven, agradezco en el alma su interés... pero me reservo esa satisfaccion.

TEOD. Señores, son ustedes dos gansos!!

CIP. y CAMP. ¡Insolente!

EUGENIA. ¡Dios mio! Una disputa!! (Tocando la campanilla.) ¡Marido! ¡Marido!

CLARA. ¡Papá! (Teodoro se va por el fondo.)

ESCENA XIV.

DICHOS, SOLER.

SOLER. (En actitud dramática.) ¿Qué veo? ¡Cipriano!

CAMP. (Bramando de cólera.) ¡Uf!! Cipriano ha dicho usted...

SOLER. Sí: mi mozo, á quien he despedido esta mañana.

CAMP. ¡Cómo! ¡este!... (Conteniéndose.) esperemos al fin de la comida. (Se sienta como todos, menos Soler y Cipriano.)

CIP. Sí: yo soy Cipriano. Esta mañana estaba al servicio de usted, y esta tarde usted lo está al mio, mediante cuatro reales que pondré en el mostrador. Vamos, vamos, tio Soler, las tripas me gruñen, y me va usted á servir inmediatamente. (Se sienta en la primera mesa de la izquierda.)

SOLER. (En el colmo del despecho.) Y si no me diese la gana de servir á usted?

CIP. (Levantándose.) ¡Oh!... Entonces subiria sobre esta mesa, y en presencia de sus crédulos consumidores, haria revelaciones importantes sobre el sistema culinario del fondista Soler!...

SOLER. (Aterrado y con indignacion.) ¡Desdichado! Serias capaz!...

CIP. Vamos. Sirve pronto y caliente!... Puré de pan frito!... ¡ah, Soler! cuidado con que el pan sea del mes pasado!...

SOLER. (Ap.) (¡Oh, qué vergüenza!) Voy á servir á usted, caballero... (Con sarcasmo.)

CIP. Bien, querido, bien. (Es preciso que me vengue de todos!)

SOLER. (Irá á hacerle cocos á mi mujer!... ¡uf! yo sudo!... Cómo no perderle de vista!) ¡Agamenon!... Aga... (Agamenon entra cargado y se chocan.) ¡Animal! (Cambiando.) Puré con pan frito para el número cuatro. (Se va echando miradas recelosas á su mujer.)

TEOD. Comprendido. (Á Campuzano.) Ahora que tengo las manos desocupadas, me va usted á explicar el motivo de

su cólera.

CAMP. Jóven, mucho lo siento, pero le tomé á usted por otro... Excúseme usted, y sirva queso para mí, cocretas de arroz para Lolo, y almendras bañadas para mi mujer y Clara.

TEOD. (Dándole la mano.) Quede todo en olvido! (Se va al mostrador.)

CIP. Mozo! mi guisado! ni aun un miserable guisado sabe servir.

SOLER. (Trayéndolo.) Aquí está, caballero... (Bajo y con angustia y rabia.) No grite usted tanto, por Cristo!!

CIP. Es que no saben servir, ese mozo parece en lo aturdido un amante!

SOLER. Tiene usted razon. Ese Agamenon es de una incapacidad y obtusidad profundas!...

CIP. (Con intencion.) Cualquiera diria que es la primera vez que sirve... Diga usté, Soler; no se da un aire á uno de los parroquianos, que no ha venido hoy?

SOLER. (Con atencion.) Á uno de mis parroquianos?

CIP. Sí; á uno muy constante, llamado don Teodoro, (Muy marcado.) que se colocaba siempre junto al mostrador... enfrente de su mujer de usted.

SOLER. (Sobresaltándose.) Qué quieres decir?

CIP. ¡Psh! Nada! nada... Solamente que el color de su pelo ha cambiado, y que ayer no tenia patillas... Usted dirá que se venden postizas!...

SOLER. (Dándose un golpe en la frente y alterándose por grados.) ¡Qué suposicion! ¡Qué luz! Esa repentina llegada... esa torpeza... ¡Conque siempre he de ser...

CIP. (En voz alta pidiendo.) ¡Melon!

SOLER. (Fuera de sí.) ¡Caballero!

CIP. (Con irónica amabilidad.) ¡Quiere usted darme una racioncita de... melon?

SOLER. Agamenon, Agamenon, qué tiene usted que decir al ama?

TEOD. La estaba pidiendo mondadientes.

CIP. ¡No seré yo quien los use!

VARIAS VOCES. ¡Mozo! ¡Mozo!

SOLER. (Empujando á Teodoro.) Vaya usted ligero!... (Tiene razon Cipriano! Esas patillas no son naturales... se me revuelve la sangre y no veo de furor... ¡uf!... Pero no puedo armar un escándalo!...)

ESCENA XV.

DICHOS, D. COSME muy cansado, DOÑA CÁRMEN furiosa.

CARMEN. Mas paseos inútiles!... El monstruo huye de nosotros!...

SOLER. ¡Caballero! Señora!...

CARMEN. (Con precipitacion, claro.) ¡Ay! por la fuerza del dolor he perdido mi alegria, mi felicidad, mi novio... el tiempo, la salud... mis colores, y la... cabeza!...

COSME. No te quejes: por dicha no has perdido el apetito.

VOZ. (De la segunda mesa.) ¡Mozo! ¡Pan!

SOLER. Aqui tienen ustedes un buen sitio. (Por la segunda mesa de la izquierda.)

CARMEN. Tio: coloquémonos aquí... tengo necesidad... y de todos modos es preciso hacer por la vida!... (Se sienta.) ¡Mozo!

SOLER. Al punto... al punto: dónde estará ese Agamenon? ¡Agamenon! ¡Agamenon!

TEOD. Quién llama? (Entrando.)

SOLER. En esta mesa.

TEOD. (Que está muy cargado de platos.) ¿Qué desean ustedes? (Reparando en Cármen.) (Cielos, qué he visto? Cármen en Madrid con un viejo incógnito!)

SOLER. ¿Qué le da á usted? (Escamado.)

TEOD. Nada: es que me incomoda el olor de los cangrejos!... (¡Cármen con un hombre!)

SOLER. Un mozo de fonda, no debe tener olfato!... (Le arranca una patilla, y queda estupefacto. Ap. á Cipriano.) Tengo una de sus patillas... Cipriano. ¿Quién es ese hombre?

CIP. Don Teodoro... qué sé yo cuantos, como ya he dicho: parroquiano de la casa, y amante de su mujer de usted.

SOLER. Y he podido sospechar de tí? ¡No me abandones!

CIP. Y si yo tirase mi levita y cogiese la servilleta?

SOLER. (Con entusiasmo.) Seria una heroicidad! (Conmovido.) Cipriano, hazlo, y serás mi heredero...

CIP. (Quitándose la levita.) Ya está hecho. Hé aquí el verdadero mozo, al rey de los mozos! (Coge la servilleta.) Quién llama? qué quieren ustedes? Voy, voy! en seguida! (Corre á la cocina.)

SOLER. ¡Me he salvado!

CAMP. Hay que convenir en que ese loco es muy activo.

TODOS. ¡Mozo!

CIP. (Sirviendo á todos.) La lengua de la señora!... ¡Las patas del señor! las croquetas del señor Campuzano, el queso del señor de Campuzano!... las almendras del señor de Campuzano, primer maestro de esgrima de España y el extranjero; único descendiente por línea recta del que inmortalizó Quevedo. Todo caliente!... Servido... voy, voy!... (Sale con los platos de la mesa de Campuzano: tropieza con Teodoro que entra cargado. Se miran un instante como midiéndose con la vista.)

TEOD. Voy, voy!... Qué quiere decir esto?

SOLER. (Acercándose.) Esto quiere decir que no tengo necesidad de tí, intrigante!... Que te he quitado la máscara, y que no te llamas Agamenon, sino Teodoro!

CARMEN. (Levantándose.) ¡Teodoro!

EUGENIA. (Marchándose.) (¡Estoy perdida!) (Todos se levantan.)

SOLER. Estas patillas no son las tuyas, vil don Juan! Estos cabellos no son los tuyos, y hé aquí la prueba! (Le arranca la peluca, que cae en uno de los platos.)

TEOD. ¡Caballero!

CARMEN. ¡Es él! ¡Es efectivamente él!

SOLER. Se conocian!

CARMEN. ¡Monstruo! estoy por arrancarle sus verdaderos cabellos!...

TEOD. Detente! Sí, Cármen, soy yo! Yo, que te he encontrado en los brazos de un individuo masculino, y que para celar tu conducta, me he hecho mozo de fonda.

COSME. ¡Será ciertô!

CARMEN. Pero si es mi tio, que ha vuelto de la Habana, y me ha traido á Madrid para buscarte.

TEOD. (Dándole los platos á D. Cosme, que los recibe estupefacto.) ¡Tu tio! ¡Tio de mi alma! Entonces, Cármen, dése todo al olvido!... (Se arrodilla.)

CAMP. (Á Cipriano.) Luego usted es el verdadero Cipriano?

CIP. El verdadero, el puro, el único Cipriano.

CAMP. ¿El que quiere á mi hija?

CIP. Sí, señor: yo soy ese jóven pronto á casarme con su hija de usted, en cuanto mi amo el señor Soler, me ceda este establecimiento que acaba de prometerme.

SOLER. No tardaré mucho.

CIP. Ah, Clará!

TEOD. Union y dicha! Mozo, dos ensaladas con cangrejos, una tortilla con rom, Jerez, Málaga y Champagne.

CLARA. Cuánta alegria!

PAR. (De la segunda mesa.) Mozo!pan!

CIP. (Al público.)

Si no es súplica indiscreta,
y de aquí contento sales,
vuelve otra vez: el poeta
te ofrece por cuatro reales
un cubierto de á peseta.

FIN DE LA ZARZUELA.

Examinada esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 20 de Octubre de 1866.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.